

Leer y escribir. 10 ideas clave para los primeros pasos

1. Convivir con un mundo letrado
2. Facilitar aprendizajes interrelacionados
3. Leer en voz alta para los neolectores
4. Escribir conjuntamente
5. Tener en cuenta las relaciones entre lengua oral y lengua escrita
6. Animar al niño o niña a experimentar leyendo y escribiendo
7. Considerar el valor del tiempo y de la espera
8. Valorar más los aciertos que los errores
9. Usar materiales del medio
10. Hablar de la lectura y de la escritura

1. Convivir con un mundo letrado



Leer y escribir son actividades comunicativas insertas en un entorno social que les da sentido. Por ello, es necesario que los más pequeños convivan con adultos que usan frecuentemente la lectura y la escritura en su presencia. De ese modo, niños y niñas podrán descubrir, y sobre todo valorar, los significados auténticos de leer y escribir.

Es necesario potenciar un entorno rico en experiencias de lectura y escritura, permitiendo que niños y niñas entren en contacto con una variedad de situaciones cotidianas que se resuelven necesariamente mediante actos de lectura y de escritura, como leer un aviso, apuntarse para participar en una actividad, leer el menú del día, mirar la fecha de caducidad de un producto, dejar una nota, leer una noticia, buscar una información, interpretar unas instrucciones de un juego o leer un cuento.

Conviene destacar el potencial inacabable de situaciones diversas que ofrece el juego simbólico propio de esas edades. Si los más pequeños han visto a los adultos usar la lectura y la escritura, cuando jueguen a papás y a mamás también querrán escribir la lista de la compra, leer el periódico sentados en el sofá, consultar la guía telefónica, leer el menú del restaurante o mirar una revista en el consultorio médico. Siempre y cuando se faciliten los instrumentos adecuados, los juegos proporcionan, también, prácticas sociales de lectura y escritura que desvelan el interés para aprenderlas.

2. Facilitar aprendizajes interrelacionados



El texto escrito es portador de mensajes, por eso para comprenderlo y para producirlo el descifrado es necesario pero no suficiente. Hoy sabemos que aprender a leer y escribir es un aprendizaje complejo. Para leer hace falta combinar estratégicamente el descifrado y el reconocimiento de palabras con otros procedimientos de alto nivel cognitivo como la emisión de hipótesis o la anticipación. Y, para escribir hace falta considerar la situación comunicativa a fin de pensar y planificar lo que se va a escribir; usar las relaciones grafofónicas y demás convenciones para la notación gráfica y revisar lo que se ha escrito de acuerdo con el tema, los objetivos y el destinatario del texto (Camps, 1994).

Consideramos que el descifrado debe enseñarse en el contexto de un acto lector o escritor completo y no de manera fragmentada o aislada. Al facilitar experiencias completas de lectura y escritura llenas de sentido para el alumnado, surgen muchas situaciones en las que se requiere reflexionar sobre el funcionamiento de la lengua escrita. En este contexto el docente puede enfocar su interacción con los alumnos hacia la reflexión metalingüística de manera que éstos aprendan tanto los conocimientos referidos al código, como al texto, como al discurso, y a usarlos estratégicamente.

3. Leer en voz alta para los neolectores



Leer en voz alta se produce de manera casi espontánea cuando el maestro, el papá, la mamá o cualquier adulto lee para los más pequeños. Sabemos que el simple hecho de que niños y niñas escuchen textos leídos por lectores expertos tiene una influencia decisiva en el desarrollo de la lectura. “La única y más importante actividad a fin de construir la comprensión y las habilidades esenciales para el éxito en el aprendizaje de la lectura parece ser leer en voz alta a los niños” (IRA, 1998). Ello contribuye a familiarizar a los neolectores con la estructura del texto escrito y con su lenguaje. Como afirma Solé (1992) permite trabajar la comprensión de la lectura antes de saber leer.

Además, mientras el adulto lee para el niño, éste puede participar relacionando lo que oye con los dibujos, respondiendo y formulando preguntas, y comentando lo que se lee. Los niños, gracias al contacto con los textos escritos que les brindan los adultos que leen para ellos entablan lazos afectivos y construyen experiencias positivas de lectura.

Leer en voz alta para alumnos de cualquier edad es la mejor manera de abrir la puerta, interesar y dar la bienvenida a quienes invitamos a crecer dentro de la comunidad de lectores.

4. Escribir conjuntamente



Escribir al dictado lo que el niño o la niña van formulando es algo necesario en los inicios, pero aun es más beneficioso para el aprendizaje que el escritor experto y el neoescritor escriban conjuntamente. “La escritura conjunta es más útil que la lectura conjunta para aumentar las habilidades alfabéticas básicas que son inmanentes a la adquisición de la lectura y de la escritura” (Aram, D. y Levin, I., 2005).

Cuando en una situación determinada se crea la necesidad de escribir, ya sea una lista, un cuento, una noticia o un anuncio, y se emprende esta actividad de manera conjunta, expertos y aprendices tienen la posibilidad de asistir al proceso completo de producción de un texto cuando los pequeños aun no dominan completamente ni la planificación, ni la notación gráfica, ni la revisión. La habilidad del docente en este caso consiste en situarse al lado del aprendiz no para decirle haz como yo, sino para proponerle escribir conjuntamente aportando cada uno lo mejor que sabe.

Se trata de hablar de lo que se hace, de hacer visible lo que parece automático y de tomar conciencia del proceso y del producto para aprender de la experiencia de escribir conjuntamente.



5. Tener en cuenta las relaciones entre lengua oral y lengua escrita



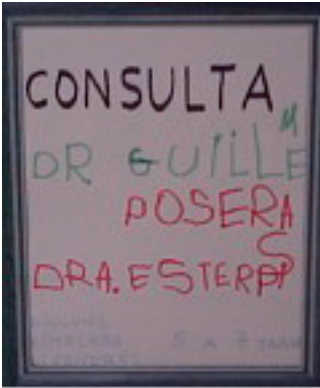
Habitualmente los niños aprenden a escribir después de haber aprendido a hablar. Sin embargo no es imprescindible el perfeccionamiento de la lengua oral para iniciarse en la lengua escrita. Mientras evoluciona la lengua oral es posible entrar en contacto con la lengua escrita y desarrollar su aprendizaje.

Las relaciones entre lengua oral y lengua escrita deben considerarse desde los inicios, pues si bien la cadena gráfica tiene una correspondencia fónica, no es verdad que escribimos tal como hablamos porque el código escrito tiene cantidad de restricciones.

En primer lugar el aprendiz debe entender que los signos escritos, las letras, no representan los objetos como si fuesen dibujos, sino que representan los nombres de los objetos. Es decir, al escribir no simbolizamos el objeto en sí sino la cadena de sonidos que pronunciamos para nombrar el objeto. Pero el aprendiz debe darse cuenta también que no escribimos tal como hablamos. Debe aprender que el lenguaje que se escribe, aunque pueda oralizarse no coincide exactamente con el lenguaje oral. Una de las primeras restricciones con las que topa el neoescritor, además de las propias de cada tipo de texto y discurso, son las repeticiones y las frases inacabadas tan propias de la lengua oral e inaceptables en el texto escrito.

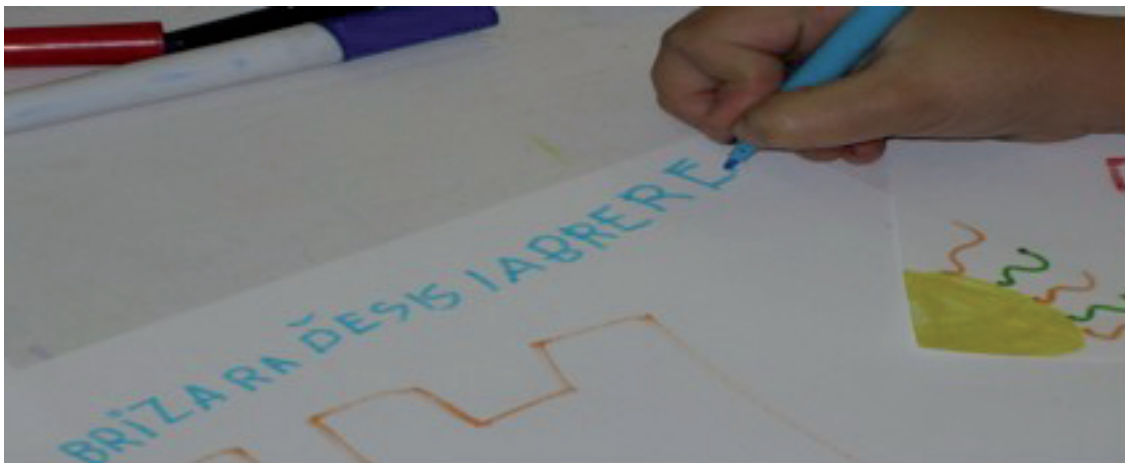
Descubrir, discutir, hipotetizar, contrastar y reflexionar sobre las complejas relaciones entre el lenguaje oral y el lenguaje escrito forma parte también del aprendizaje inicial de la lectura y la escritura.

6. Animar al niño o niña a experimentar leyendo y escribiendo



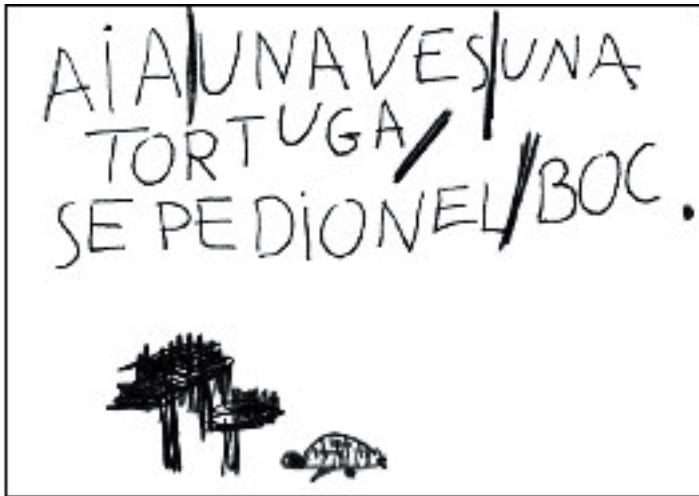
Estimular a los aprendices a experimentar con los conocimientos de que disponen y a tomar la iniciativa en la escritura y en la lectura en situaciones propias de su contexto es básico para fomentar la autonomía en su aprendizaje.

Ante el niño que manifiesta no saber leer o no saber escribir, la respuesta del adulto debería ser siempre una invitación a probar sirviéndose de lo que él mismo ha aprendido en anteriores experiencias tanto dentro como fuera de la escuela.



Para la construcción y la evolución del conocimiento sobre la lectura y la escritura es necesario implicarse, encontrarse con contradicciones, formularse preguntas, tantear e investigar en un ambiente de seguridad y confianza que permita entender el error como fuente de aprendizaje. Por eso, en las prácticas del aula no se debería abusar de la copia del modelo.

7. Considerar el valor del tiempo y de la espera



Tiempo. Se necesita tiempo para desplegar el largo proceso de aprendizaje de la lectura y la escritura que normalmente se desarrolla entre los 4 y los 7 años. Tan buen lector podrá ser el que lee independientemente a los 4 años como el que lo hace a los 7.

Los aprendizajes complejos necesitan tiempo y se desarrollan de manera interrelacionada con todos los elementos que intervienen en ese proceso que no acaba nunca. Debe tenerse en cuenta que si bien reconocemos un alto grado de autonomía en la lectura y en la escritura al terminar el primer ciclo de Educación Primaria, su proceso de aprendizaje no se da por terminado, sino que sigue durante toda la escolaridad y durante toda la vida.

Tiempo también para cada una de las actividades de lectura y de escritura. Muchas veces los adultos nos precipitamos dando las respuestas a todo sin dejar tiempo a que los niños investiguen, comparen, discutan, ensayen, haciéndoles totalmente dependientes de nuestras explicaciones, nuestros recursos y nuestras lecturas. Hay que fomentar el gusto para formularse preguntas, indagar, comparar y discutir de manera autónoma y para ello hay que dejar tiempo.

8. Valorar más los aciertos que los errores

Valorar de manera ajustada los aciertos, dando nombre a lo que el aprendiz ha producido (has escrito muchas letras, has escrito una letra para cada sílaba, has puesto letras de izquierda a derecha, este título se entiende muy bien, etc.), evitando el “muy bien” sin concretar qué es lo que está muy bien. El “muy bien” generalizado, simplemente sirve para dar ánimos pero ayuda poco al aprendizaje.



Se trata de reconocer y nombrar lo que el niño ha hecho bien para que tome conciencia de su aprendizaje y se forme un autoconcepto ajustado de si mismo. Reconocer el trabajo realizado ayuda a establecer un clima de seguridad afectiva en el aula imprescindible para implicarse en procesos de aprendizaje.

9. Usar materiales del medio



Los mejores materiales para enseñar a leer y a escribir son los que circulan en el entorno donde viven los niños. El envoltorio de la chocolatina, los carteles de las tiendas, los rótulos de las calles, las señales de tráfico, las letras de la bolsa de las patatas fritas, la marca del coche, los cuentos, el periódico, el propio nombre o el juego del ordenador son los mejores materiales para que el niño se interese por el funcionamiento de nuestro sistema de escritura. Ello nos lleva a considerar que el niño entra en contacto con variadas tipografías (letras mayúsculas y minúsculas), y con todo tipo de soportes, tal y como es la realidad de su medio.

Para escribir conviene propiciar, en el inicio, el uso de las letras mayúsculas de imprenta, para facilitar el reconocimiento de cada unidad, su reproducción e invitar a los aprendices a experimentar con ellas de manera autónoma. Sin embargo, para leer valoramos la convivencia desde el inicio de distintas tipografías, porque además del reconocimiento de las letras enseñamos a servirnos del contexto para anticipar, descubrir la relación entre letras y sonidos y comprender.

Implicamos a niños y niñas en situaciones reales de lectura y escritura que abarquen los 3 usos de la lengua escrita en una sociedad alfabetizada (Tolchinsky, 1990):

1. Para resolver cuestiones de la vida cotidiana. Por ejemplo al establecer pactos, recordar fechas, formar grupos, pasar lista, usar el calendario planificar, reconocer las pertinencias, organizar los espacios, interpretar los letreros, consultar horarios, manejar instrumentos automáticos o rellenar un formulario.
2. Para acceder a la información y a formas superiores de pensamiento. Por ejemplo, al favorecer y aprovechar todos los interrogantes que los alumnos se plantean en un momento dado involucramos a los más pequeños en actividades de uso de textos informativos, descriptivos y argumentativos de diversa complejidad pero reales: libros de conocimientos, revistas de divulgación científica, manuales e enciclopedias visuales, ya sean en papel o en pantalla.
3. Para apreciar el valor estético y literario. Por ejemplo, al favorecer los contactos con los textos literarios, -ya sean narraciones fantásticas, en forma de cuentos, mitos o leyendas, o narraciones de hechos reales vividos o imaginados, ya sean poesías y juegos lingüísticos-, para convertirlos en experiencias positivas y gratificantes que permitan descubrir la capacidad del texto escrito para expresar sentimientos, provocar ambigüedades y crear mundos imaginarios, buscando la mejor forma de expresarlos y aprenderlos.

10. Hablar de la lectura y de la escritura



Hablar de la lectura y de la escritura, del qué y del cómo se lee y se escribe, favoreciendo que los niños expliciten sus conocimientos y estrategias y los compartan con los demás, es esencial para progresar en dicho aprendizaje.

Por ello es imprescindible plantear situaciones de lectura y de escritura colaborativa entre pares o en pequeños grupos, porque al realizar las tareas en grupo se facilita el hablar sobre el qué y el cómo se hace y esa interacción verbal ayuda a la construcción de los aprendizajes.

Es importante también hablar de libros, de noticias, de nombres, de letras, de palabras, etc. como algo habitual en las conversaciones, aunque en el momento no se esté leyendo y escribiendo. Incorporar el tema de la lectura y la escritura como algo habitual en nuestras relaciones y por tanto en las conversaciones estructuradas (la asamblea o corro), así como en las informales y espontáneas es una manera más de valorar y apreciar este aprendizaje.